LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes.

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA
Apartado 8.012
MADRID



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

50 CTS

SEVERO MORALES

LA CARNE ILUMINADA



LA CARNE ILUMINADA

por

SEVERO MORALES

Ilustraciones de
DEMETRIO

3

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



Te acuerdas, Peponcita? La invitación no podía ser más sugestiva: una cita de amor... Rubia ella, «como Clara Bow». Artista del género frívolo (opereta o variétés)... Promesa de carnales placeres.

Y no fuí, sin embargo.

Me dió miedo, a más de quererte mucho.

Gente de teatro, carne iluminada, ¡no! Generalmente, la fría luz de los reflectores, al iluminar la femenina carne que a su beso se ofrece, suele helar hasta el propio corazón. Y no aman estas mujeres. Sacerdotisas del Deseo, empero, en sus palabras no hay fe, ni en sus amores pasión.

¡La carne iluminada! Yo no la quiero. Por bella que sea, por abrasada que parezca, por mucho que refulja...

Prefiero tu cariño suave, sincero y bueno, Peponcita, o bien el de aquella cupletera que, aunque

carne iluminada, rompió el tono frívolo de una encuesta, que un mi amigo hiciera entre la gente de teatro, para decir vehemente y pasional:

«Quererse mu *apretaítas dos personas, camelarse bien, entregarse con toda el alma, compartir las penas y las alegrías. Una cosa grande,* mu *grande, en la que hay de* to*: grandezas y miserias, suspiros de placer y lágrimas de dolor. Querer una sola vez; pero con tal fuerza y tal ilusión en el cariño. que sea una capaz de llegar al crimen en la traición o en el abandono. ¡Casi* na*! Así es como creo yo que debe ser el amor.»*

Y yo también. Así admito yo ser amado y amo. Así la carne iluminada es digna de la luz.

¿La carne iluminada? ¡Atrás! Me estremece aún el recuerdo del pobre Paco Mijares, que murió atraído por ella, cual obstinada falena que revolotea sin descánso alrededor del foco eléctrico, para morir exhausta o abrasada. Tú no conoces, Peponcita, la historia de mi desventurado amigo, ¿verdad? Voy, pues, a contártela para que, cuando te encuentres frente a la carne iluminada, no sientas nunca, tú tan buena y sentimental, envidia ni deslumbramiento.



MARISOL, la famosa *vedette* de opereta, entró como una tromba en su camerino, lanzando a su doncella, que ya impaciente la esperaba con todo dispuesto para el maquillaje:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Vamos, Lucía, que debe de ser ya muy tarde! ¡Oh, estos hombres! ¡Qué idiotez más grande tener que soportarlos! ¡Uf!

Fuera sombrero, fuera abrigo, fuera vestido, en un santiamén. Marisol quedó cubierta tan sólo por una leve combinación malva...

¡Deliciosa mujer! Rubia y blanca: oro y nieve; escultural: lo más divino que hubiese podido salir de Fidias; sensual: el pecado voluptuoso hecho carne; gentilísima: la gracia hecha maravilla...

Rápidamente comenzó a maquillarse, ayudada por Lucía, la doncella, antes de endosarse el vaporoso traje con que aparecía en la opereta.

—¿Mucha gente?

—Sí, como siempre.

—¿Ha empezado ya?

—¡Claro!

—Menos mal que no intervengo sino al final del acto.

Oyóse una voz decir tras la puerta del camerino:

—¿La señorita Marisol está ya preparada?

—Casi, casi...

—A escena dentro de cinco minutos, ¿eh?

—¿Tan adelantado va eso?

—Sí.

Un silencio. La artista apresurábase, nerviosa ya, dando de vez en vez pataditas de impaciencia en el suelo.

Una nueva voz, junto a la puerta, murmuró con dulzarrón acento:

—¿Se puede pasar ya, preciosidad?

La artista dirigió una mirada de ira hacia la puerta, al propio tiempo que replicaba en francés, lengua de la que Marisol se servía no pocas veces para sus extravíos de lenguaje:

—*Merde!*

Lista ya. La *vedette* abrió la puerta enérgicamente y corrió hacia la escena, arrollando todo cuanto encontraba a su paso.

Corrió como un rumor entre la gente de bastidores:

—Marisol... Marisol... Marisol...

A poco la celebrada *vedette* irrumpía en escena.

Y fué entonces cuando los ojos de Paco Mijares, desde la butaca de orquesta que ocupaba, se animaron en vida, antes tan melancólicos, tan mortecinos, perennemente fijos en el escenario, en angustiosa espera...

Con la presencia de Marisol en el escenario, Paco Mijares fué feliz. Su alma se bañaba en belleza, su ser entero se sumergía en la adoración de aquella mujer que la luz de los reflectores buscaba hábil y ávida, inundándola de claridad, haciendo más pálido el pálido oro de sus cabellos y más nieve la nieve de su piel...

¡La carne iluminada! ¡Cómo deslumbraba al cuitado! ¡Cómo hostigaba sus instintos de macho! ¡Cómo encandilaba su quimera de hombre que sueña con carne mirífica, envuelta entre galas sutilísimas y luces deslumbradoras!

¡Divina Marisol! Nadie, entre sus muchos adoradores, la amaba tanto como Paco Mijares. Era, el de éste, un formidable deseo de la carne y del espíritu, aliados, para formar un gran amor.

Hacía ya una semana que Paco Mijares deseaba locamente a la *vedette*. Fuera aquella noche al Olimpia como un espectador más y saliera del teatro como el más tenaz enamorado.

¿Qué tenía Marisol en su piel, en sus ojos, en su cuerpo todo, hecho de lascivia?

—Mi esposa o mi amante—se había prometido Paco Mijares desde el instante en que quedara deslumbrado por la belleza de la artista.

Y al día siguiente volviera al teatro, y a butaca de orquesta, para tener más cerca a la que con tanta vehemencia, desde el primer instante, se apoderara de su corazón.

No se atrevía a declararse. Y no por cobardía, sino por miedo a ser rechazado y luego tener que seguir amando, deshecho ya el alcázar de su esperanza...

¿Se había fijado ella en él? Acaso no le había sonreído, adivinando lo que pasaba por el alma de aquel admirador, con esa fina intuición que tienen las artistas para descubrir a sus callados adoradores?

Paco Mijares así lo creía. Pero lo cierto era que Marisol había lanzado su sonrisa sin alma al azar, como siembra a voleo que va a perderse en el estéril campo de los espectadores.

Y el joven, que no más de treinta años tenía Paco Mijares, se había jurado que aquella misma noche esperaría a Marisol a la salida del teatro y la declararía su gran pasión, poniendo a sus pies su fortuna, que no era escasa, sin ser extraordinaria, y su ardiente corazón, no menos desdeñable...

¡Que acabara la incertidumbre! ¡Que naciera la desesperanza o la gloria!

Cayó el telón al final del primer acto, luego del dúo de Marisol con el tenor, y estalló una formidable ovación, como todas las noches. Y como todas las noches también, calina, lagotera, agradecida, Mirasol apiñó la gracia de sus dedos de la mano derecha, y depositando un beso en ellos, lanzóle en la dirección en que Paco Mijares se hallaba.

¡El enamorado creyó recibirle en pleno corazón!

¡Con qué impaciencia esperó Paco Mijares, a partir de aquel instante, que terminara la representación de la opereta! A pesar de la constante presencia en escena de Mirasol, Paco Mijares no se hallaba contento. Quería que el tiempo corriese, que aquello terminara para ir en pos de la que parecía quererle ya...

Apenas extinguidos los últimos aplausos al final de la opereta, Paco Mijares abandonó precipitadamente el teatro y corrió a situarse a espaldas del edificio, junto a la puerta que daba acceso al escenario, y por donde entraban y salían los artistas.

Esperó cerca de media hora. Asaltada en su camerino por sus admiradores, éstos no dejaban escapar a la hermosa mujer.

Salió, al fin, precediendo de un par de metros a su doncella.

¡El alma se le escapaba por los ojos al enamorado, al contemplarla!

Se la acercó vivamente, espetándola:

—¡Señorita! ¡Señorita! Usted perdone...

Apenas si Marisol miró al inoportuno, creyén-

dole tal vez un sablista o un mendigo, para decirle:

—¡Déjeme en paz!

Fué como un trallazo en el espíritu de Paco Mijares.

Su amor propio, herido, le hizo reaccionar altivamente para decir:

—¡Señorita! ¡La ruego que me escuche!

Fué hecha con tal arrogancia y energía la súplica, que Marisol, sorprendida, se detuvo y contempló fijamente al hombre aquél.

Le dijo, envolviéndole en una fría sonrisa:

—¿Qué desea usted de mí?

Ahora ya la voz de Paco Mijares se hizo humilde y suave para decir:

—Señorita, quisiera hablar con usted para decirla que la quiero con toda mi alma, para...

¡Un enamorado!

Rió despiadadamente la artista, sintiéndose soberana, superior, vencedora sin lucha.

Echó a andar diciendo:

—Pero, señor mío, ¿será preciso amar a todos los hombres a quienes gusto? ¡Déjeme, hombre! ¡Déjeme, por Dios!

Y apresuróse a ganar su auto, junto a cuya portezuela, abierta, esperaba ya el chofer.

Paco Mijares vió cómo el auto se alejaba rápido, dejando tras sí una estela de humo, como visión de quiromancia.

Y quedó seguidamente anonadado, invadido por

una inmensa pena, sumido en una inconsciencia tal que no acertaba a dónde dirigirse.

Una mano amiga se posó entonces sobre su hombro derecho, y una voz alegre le murmuró:

—¡Pero Paco, hombre! ¿Qué haces aquí como un papanatas?

Reaccionó difícilmente el enamorado y sonrió vagamente a quien así le hablaba, un muchachote rubio, de tez sonrosada y desenfadados modales.

—¿Qué te sucede, Paco? ¿Por qué te encuentro con esa cara de tonto?

Paco Mijares no contestó. Volvió a sonreír, amargamente ahora.

El hombre rubio estalló en una carcajada, al comprender.

—¡Ah, sí! ¡Ya sé, hombre! ¡Ya sé! ¡Te acabas de declarar a Mirasol y te ha dado calabazas! ¿A que sí?

—¡Calla!

—¡Nada! ¡Lo que yo decía! ¡Si tengo un olfato!

Y como se apiadase al cabo de la cara de tristeza que veía en su amigo:

—¡Qué brutalidad más grande acabas de cometer, Paco! ¡Vamos, que enamorarte tú de esa mujer!

El cuitado protestó:

—¿Por qué no? ¿No es infinitamente bella?

—¡Ya lo creo! Mirasol es una mujer bellísima; pero...

—¿Qué?

—No tiene corazón.

—¿Tú qué sabes?

—Pregúntaselo a ella.

—¿La conoces?

—Sí. Es sevillana, como yo. ¡Y hasta hemos nacido en el mismo barrio! Conque ya ves.

—Entonces conocerás su vida estupendamente.

—Más que tú te crees.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame!

El dolor había huído, reemplazado por una vehemente curiosidad.

—Mira, lo primero que hemos de hacer es irnos a un sitio más confortable. A cualquier café. Allí te contaré una sola historia de Mirasol. Y si, así y todo, sigues queriéndola, allá tú. Vamos.

Echaron a andar silenciosos los dos amigos. Iban de prisa. Sobre todo Paco Mijares. ¡Tenía ya unas ganas de saber!





RENTE a sendos vasos de humeante café, Paco Mijares y su amigo permanecieron un instante silenciosos. El primero esperaba con impaciencia el prometido relato; el segundo, luego de reunir sus recuerdos, comenzó:

—Sí, yo conocí a Mirasol en Sevilla, nuestra tierra, cuando aquélla aún no era, ni mucho menos, la célebre y admirada artista que hoy es. Pero ya entonces tenía carne de *vedette*. Bailaba en los cortijos y en las reuniones íntimas organizadas por sus amistades, y sabía hacerlo muy bien. ¿Admiradores? Todos cuantos la veían bailar. ¿Novios? Cuantos se la acercasen y recibieran de ella una sonrisa.

»Yo, te lo confieso, también sentí mi pasioncilla hacia Mirasol. Pero me curé rápidamente. A mí, las mujeres demasiado veletas, por bellas que sean, no llegan a volverme loco.

»En la época a que me refiero tendría Marisol no más de diecisiete años. Ahora es bella, sí, con la luz de los reflectores y sin ellos. Carne madura, fruto en sazón. ¡Pero entonces!... Flor recién abierta, primavera en plena gala, hecha de todas las dulzuras de mayo... ¡Una cosa irresistible, chico! Como para enloquecer de amor.

»Muchos novios. Todo lo mejorcito de Sevilla. Pero ningún verdadero amor. Que yo sepa, Marisol no ha amado nunca con emoción sincera. Y, sin embargo, ha tenido hombres de todas las condiciones sociales, capaces de dar su vida por ella. Lo que te voy a contar es buena prueba de ello.

»Todos los años, con motivo del santo de un tío suyo, hombre célebre en Sevilla por su prodigalidad, solía celebrarse en un cortijo que aquél tenía en los alrededores de la ciudad andaluza una gran fiesta, a la que acudían numerosos invitados, a más de los mejores cantadores y bailadores sevillanos. Ni que decir tiene que el número cumbre era el que constituía la actuación de la sobrinita, la sin par Marisol, verdadero acicate de la fiesta.

»El año en que sucedió esto que te voy a contar andaban al retortero de la niñita Carlos Reoyo y Silverio Méndez, dos mozalbetes de unos veinte años, con la sangre más ardiente que una fragua. Ambos tenían un empeño loco en conquistar a la muchacha, que a los dos hacía frente sin decidirse de una manera rotunda por ninguno.

»Carlos y Silverio, pues, acudieron al cortijo para

asistir a la fiesta con un sinnúmero de invitados, entre los cuales yo también me hallaba.

»Y se comió y se bebió y se bailoteó de lo lindo. Alegre y sanamente, como siempre, sin que la sombra del más leve disgusto surgiera en la reunión.

»Llegó el momento de la actuación de Marisol.

»Subió ésta al improvisado tablado, donde actuaban bailaores y cantaores, y su presencia allí fué acogida con una frenética ovación, conocedores todos de lo que daba de sí la niña.

»Y comenzó ésta la danza.

»¡Chico, estuvo brutal! Hizo con su personita lo que la dió la gana. Bajo las notas lánguidas o ardientes de la guitarra, su cuerpo se estremecía en un ritmo lascivo o apasionado, como si implorase al placer en una cálida plegaria sin palabras, hecha tan sólo de sabias contorsiones. ¡Era preciso no tener sangre de hombre en las venas para no sentirse atraído, sensualmente desazonado, por aquella chiquilla!

»De pronto, en un descoyuntado movimiento, su peineta salió disparada y fué a caer entre el grupo que componíamos los espectadores de semejante escena.

»Como lobos se lanzaron Carlos y Silverio a la conquista de la peineta. Las manos de los dos rivales se encontraron en el mismo impulso. Pero, más rápido o afortunado, Carlos fué quien lograra apoderarse de la peineta.



La danzarina estuvo admirable

»Loco de celos, parece ser que Silverio rugió sordamente:

»—Has logrado apoderarte de la peineta; pero de la mujer...

»—¿Qué?

»—De la mujer, no. ¡La mujer será mía!

»—Habrá que verlo.

»—Pues se verá.

»Y no hubo más por el momento. La fiesta siguió alegre hasta el final, y la paz no se turbó ni un sólo instante.

»Fué en el regreso cuando ocurrió la tragedia.

»Ibamos en el mismo coche, tal vez porque el azar lo quisiera así, Marisol, una vieja sirvienta suya, Carlos, Silverio, el calesero y yo.

»Marisol se hallaba a mi derecha, y frente a la muchacha, separados por la vieja sirvienta, estaban Carlos y Silverio, que no apartaban la vista del objeto de sus amores.

»Los silencios, poblados de inquietud, eran amplios, tan sólo cortados por mí, a quien semejante situación desazonaba.

»De pronto, Carlos, como si quisiera provocar la tormenta, sacó la peineta del bolsillo donde la alojara, y tendiéndosela con una sonrisa a Marisol, se la ofreció así:

»—Aquí tienes la peineta que se desprendiera de tus cabellos cuando bailabas, Marisol, y que sólo yo supe conquistar.

»La chiquilla aceptó la peineta con una sonrisa de agradecimiento, y se la puso en el pelo.

»Silverio, lleno de celos, dijo entonces:

»—¿Conquistar? No lo creas, Marisol. Robar fué.

»Ante aquellos preliminares de pelea, los ojos azules de la andalucita se animaron más de lo que por la manzanilla se hallaban, que no era poco.

»—¿Cómo fué ello?—preguntó.

»—Cayó al suelo. Yo fuí el más decidido y certero, tal vez porque te amo más—dijo Carlos, tajante y retador.

»Y Silverio:

»—Sería cosa de verlo poniendo en juego la vida misma, para lo que se necesita más valor y ser más hombre que para apoderarse de una peineta.

»Carlos se alzó vivamente del asiento, dispuesto a abalanzarse sobre su rival. Yo quise interponerme entre los dos. La vieja sirviente se desmayó. El calesero no detuvo el coche, amodorrado en su sitio por el alcohol. En cuanto a Marisol, su rostro se hallaba transfigurado. Una sonrisa perversa le iluminaba. Fija la mirada en los dos hombres, murmuró perdidamente, como en un sueño de locura:

»—¡Seré del vencedor! ¡Seré del que dé la vida por mí! ¡Oh, qué ventura! ¡Ser amada hasta la muerte!

»Bajo el latigazo de estas palabras, los dos

hombres saltaron del coche, y en la oscuridad, a pocos pasos del vehículo, comenzaron a acometerse, provistos de sendas navajas.

»Era una temeridad aproximarse a ellos. Yo no lo hice. Comencé a pedir auxilio a grandes voces; pero, sin duda, el cascabeleo, las risotadas y los cánticos de las demás calesas ahogaban mis gritos. Nadie acudía.

»Marisol, inmóvil, con los brazos cruzados, contemplaba ansiosamente la pelea.

»Cuando los hombres se acometían, en vez de cerrar los ojos, llena de susto, abríalos desmesuradamente, para cerrarlos en seguida, como en fruición, y murmuraba:

»—Carlos... Silverio... Carlos...

»Lo que me indicaba claramente que su corazón no latía por el cariño de ninguno de aquellos dos hombres.

»Hubo, al fin, vencedor y vencido.

»En un «¡ay!» desgarrador, Carlos cayó al suelo, mortalmente alcanzado por la navaja de su rival.

»Loco de amor, Silverio corrió hacia Marisol y la dijo:

»—Así se conquista una mujer. ¡Eres mía, Marisol!

»Y ella rió cínica, sin alma, para decir:

»—¿Tuya? ¡No! De ninguno de los dos. ¡Sabía ya que entre la cárcel y la muerte, repartidas entre los dos, me quedaría compuesta y sin novio!

»¡Y él no la mató, Paco!

»El, como todos, la juzgó embriagada. Culpó a la manzanilla, en vez de culpar al alma perversa de aquella criatura.

»Yo sí supe leer en su corazón. Yo supe ver y discurrir que el alcohol no es capaz de semejante perversidad, que el alcohol es más noble.

»... Y ya sabes, Paco, quién es Marisol. Yo sigo conservando su amistad, porque Marisol, a pesar de todo, tiene sus atractivos. Ella va todas las tardes a Petrowska, el aristocrático salón de té de la Gran Vía. Supongo que ya no querrás que te la presente.

—¿Por qué no?—dijo Paco Mijares—. Ahora tal vez la desee más que antes...





UANDO, al día siguiente, Marisol llegara a Petrowska, ya se encontraban allí Paco Mijares y su amigo Mario del Alamo, quien había prevenido al enamorado:

—Tratándose de Marisol, es preciso madrugar. De no venir acompañada, cosa poco probable, pues viene siempre directamente desde su casa en el auto, pronto halla fácil compañía entre sus numerosas amistades. Así que tenemos que adelantarnos a todo el mundo.

Y, efectivamente, apenas Marisol penetrara en el salón, tropezó con la acogedora sonrisa de Mario, que, alzándose de su asiento, fué hacia ella, y estrechando su mano, la dijo:

—¿Cómo te va? ¡Tú siempre tan guapa!

—Y tú tan calavera, ¿verdad?

—Psche...

—¿Cuándo te casas?

—Cuando me enamore de ti.

—Entonces va para largo. ¡Siempre me tuviste miedo! Y hasta en cierta ocasión, hace ya mucho tiempo, me lo dijiste. ¿Te acuerdas? Yo nunca llegué a olvidarlo...

—Sí, me acuerdo. Anda, ven, siéntate con nosotros, Marisol. Tengo interés en presentarte a uno de tus más apasionados admiradores.

Y cuando Marisol se aproximara a la mesa donde Paco Mijares se hallaba, pálido y nervioso, de pie ya, presto al saludo:

—Paco, tengo el gusto de presentarte a la formidable artista Marisol, cuya mano tanto deseabas estrechar. Marisol, mi amigo del alma Paco Mijares, millonario.

—¡Bonita profesión!—exclamó la *vedette* estrechando efusivamente la mano que Paco la tendiera.

Sentáronse, seguidamente, mientras Paco, sin fuerzas para rectificar a su amigo, pensaba que «sus millones» apenas si llegaban a uno, si es que su capital lograba alcanzar esa cifra. Pero aceptó el engaño, diciéndose en resumidas cuentas:

—No está mal. Deslumbramiento contra deslumbramiento...

Hablaron. Charla banal. Marisol pensaba, mirando de cuando en cuando a Paco:

—¿Dónde he visto esta cara... de millonario?

Junto a su pierna, el enamorado sintió cómo negligentemente, cual por azar, una pierna de la artista se apoyaba.

Y se estremeció dichosamente.

Sus ojos permanecieron un instante fijos en el busto admirable de aquella mujer: hombros de Juno, garganta de níveo e impecable modelado; senos de diosa, erguidos por el artificio o por la propia naturaleza, y cuya doble corona se insinuaba sensual a través de la levedad del vestido.

Vió claramente Marisol el deseo en el hombre. Y sonrió una vez más ante su triunfo.

Se dijo:

—Millonario... y simpático. No está mal. Que hable.

Y tiró la red así:

—Calla usted demasiado, señor. Enamorado. No falla el diagnóstico.

Ahora la mirada de Paco Mijares fué a embotarse en el azul frío de los ojos de Marisol.

—¿Enamorado dijo usted? Tal vez...

Y sonrió con melancolía.

—¿Me permite usted una pregunta, caballero?

—Todas las que usted quiera hacerme.

—Diga: ¿acaso usted y yo no nos hemos visto en parte alguna?

Supo Paco Mijares mentir inteligentemente:

—Sí y no. Sí, porque la he aplaudido y la he admirado no hace muchas noches desde una butaca del Olimpia. No, porque nuestras miradas no se

han correspondido hasta este para mí glorioso instante.

Mario, callado, satisfecho por el sesgo que el diálogo tomaba, en el que su amigo se defendía hábilmente, no quería intervenir, contento con su papel de espectador, en el que nada arriesgaba...

—Y ahora, señorita — añadió Paco Mijares—, permítame a mi vez una pregunta: ¿cómo, siendo usted de Sevilla, según Mario me dijera, sus ojos no son sevillanos?

—¡Qué sé yo! Caprichos de mi padre. ¡Tal vez los encargara de Francia para allá!

—En Rusia.

—En Rusia, si usted quiere.

—Hay en ellos todos los escalofriantes misterios del alma eslava.

—No es la primera vez que oí algo parecido.

—¿De labios amantes?

—Es pedirme ya mucha confesión, señor millonario.

El té, apurado lentamente. La dentadura impecable de Marisol mordisqueaba en las pastas con crueldad de ratoncito.

¡Besar aquella boca! ¡Ser mordido por aquellos dientes, en caricia o en dolor!

La idea le cruzó al enamorado en fogonazo, y le abrasó la sangre. Apretó nerviosamente su pierna contra la que en ella se apoyaba.

Y como Marisol no rechazara el brusco contacto, hundió Paco Mijares una mano por debajo de la mesa para aprisionar un muslo de la bella...

Entonces Marisol, rechazando la mano audaz y huyendo de la pierna vehemente, movió la cabeza a uno y otro lado con despreciativa pesadumbre y murmuró, dirigiéndose a Mario:

—¿Has visto tú alguna vez en tu vida algo más torpe que un hombre?

—Sí: dos—contestó riendo el interpelado, sin ver el dardo, por desconocer la audacia.

Paco Mijares quiso enmendar su torpeza diciendo:

—Pero a condición, señorita, de que el tal hombre se halle enamorado. En cuyo caso, bien merece ser perdonado.

Marisol se encogió de hombros.

Paco Mijares lanzó al azar:

—¿Usted, señorita, no ha estado nunca enamorada?

—Es usted demasiado audaz preguntando. Pero voy a contestarle, a pesar de todo, aun cuando no sea más que en correspondencia a la simpatía que usted me inspira.

—Muchas gracias.

—Sí, he estado enamorada... muchas veces.

—¿Y nunca ha cometido usted ninguna torpeza?

—Nunca.

—¡Ha estado usted enamorada muchas veces y no ha cometido nunca ninguna torpeza! ¿Me permite usted que diagnostique un poco brutalmente?

—Como usted guste.

—Usted no ha estado nunca verdaderamente enamorada.

Rió Marisol con risa nerviosilla y cruel.

—Puede que tenga usted razón.

Y solemne ahora, todo llama, todo sinceridad, todo pasión, corazón abierto, alma que se expande, suplicó el enamorado:

—¡Pruebe usted a amar una vez tan sólo, verdaderamente, si quiere usted conocer la mayor de las venturas!

Esta vez no rió Marisol. Se quedó fijamente mirando a Paco, y suspirando, volvió la vista hacia Mario y le preguntó:

—¿Y tú qué dices de esto?

—¿Yo? Nada. Que estoy magníficamente sentado en mi butaca, deleitándome con la única representación de una comedia de amor, absolutamente gratuita.

Y apoyando malévolamente en sus palabras:

—Marisol, ¿no se tornará la comedia en drama, como aquel otro que los dos viviéramos en Sevilla, en una noche memorable?

Los párpados de la divinísima hembra se abatieron sobre el azul de sus ojos, en los que tal vez no quería que se reflejara el horror del pasado. Y los labios de la *vedette* murmuraron en evocación:

—¡Noche de vino, de amor y de sangre! ¡Y de celos y de quimera! ¡Noche andaluza, que te grabaste en mi vida con rasgos imborrables!

Como contestando a la evocación, Mario exclamó:

—¡Noche que llevas en tu alma, Marisol, como un espectro que se alza en tu vida para retirar de tus labios sedientos, cuando a ellos acercas la copa, el néctar incomparable de un noble amor!

Como en espanto se abrieron entonces los ojos de la *vedette*. En su rostro resplandeció una sonrisa de olvido y de locura. ¡Alegría! ¡Risa! ¡Atrás el dolor! Y la risa loca de Marisol cascabeleó en el salón de té con estridencia de látigo:

—¡Qué tontos somos, Mario! Aquello fué una chiquillada, hombre. El azar y la manzanilla, aliados, lo hicieron todo. No hay por qué apenarse. ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Y reír, como yo río ahora, como reiré esta noche en el cabaret! ¿Quieres verme? ¿Y usted también, simpático millonario? Iré a Madrid-Pigall a las dos, luego del teatro y de una buena cena. Beberemos juntos una botella de champán, o dos, o las que sean... ¡Oh, el champán, la alegría! ¿Vendrás, Mario? ¿Irá usted también, mi nuevo amigo?

Mario calló. Un invencible malestar le dominaba. Radiante, seducido por la invitación, más enamorado que nunca, Paco Mijares murmuró:

—Iremos, sí, ¿por qué no? ¡Y muy agradecido, por mi parte! ¡Si usted supiese lo feliz que me hace!...

Más tarde, al despedirse, a la salida de Petrowska, el *groom*, un ruso alto, seco, de blanca tez

y mejillas vivamente encarnadas, pintorescamente uniformado y tocada su cabeza con el clásico gorro de astracán, precipitóse hacia el auto de Marisol, cuya portezuela abrió, quedando seguidamente en rendida guardia.

—Hasta la noche, ¿eh, mis amigos? — dijo, riente, la *vedette*..

—Hasta la noche, Marisol—prometió Mario.

El auto partió.

Saludó el ruso, rígido, a los dos hombres, y se retiró hacia el establecimiento de té.

Mario dijo:

—¿No has observado? Ese ruso tiene iguales ojos que Marisol...

Paco Mijares se encogió de hombros.

—Fríos, ¿verdad? O crueles. No importa. Yo iluminaré los ojos de ella, yo los dulcificaré; yo llevaré a ellos sol de amor, llama y fuego.

Mario sonrió leve, irónico, escéptico...





¡NOCHES de cabaret! ¡Noches eléctricas! También allí la luz fría de focos y reflectores ilumina las carnes sin alma. También allí todo es comedia; también allí el amor es una burda burla en la que se ayuntan crepitantes, como única verdad, la lujuria y el dinero. Remedos de cosas: risas y lentejuelas. Pantomima de la voluptuosidad: el baile.

El cabaret resplandece. Son las dos de la madrugada. Hay de improviso entre la gente algo así como un rumor de acogimiento. ¡Es como si llegara la reina de la bacanal!

Marisol...

Desde un palco grita una voz, la de Mario, a tono con el ambiente, con las circunstancias:

—¡Viva la diosa de la opereta!

Estalla una ovación.

La orquesta ataca el vals de *La Viuda Alegre*, en

el que Marisol se derrumba, voluptuosa, entre los brazos del tenor...

Marisol, admirada de todos, va hacia el palco platea donde sus amigos la esperan.

Pálido, pálido, brillante empero la mirada por la pasión que le consume, Paco Mijares besa dulcemente la mano que la *vedette* le tiende...

Champán.

¡Oh, sí! Mucho champán. Es precisa la embriaguez para que la locura impere en el cabaret.

Y Marisol, al sediciente millonario:

—¿Estuvo usted esta noche en Olimpia?

—No.

—Ya. Le busqué con la mirada entre los espectadores de butacas, y no le hallé.

¡Paco Mijares se estremece en gloria de amor! ¡Ha pensado en él! ¡Le ha buscado con la mirada, quizá para dedicarle efusivamente el beso de agradecimiento que siempre envía al azar, luego de la ovación.

Murmura el enamorado:

—¡Cuánto lamento no haber estado allí! ¡Si lo hubiese sabido!...

Marisol sonríe, encogiéndose de hombros.

—¡Qué más da!

Mario piensa, contemplando la pareja que Paco Mijares y Marisol componen:

—¡Qué mal papelito voy a representar yo aquí esta noche!

E insinúa:

—Marisol, si no te ofendieses...

—¿Qué?

—Iría tras aquellos ojos negros, que desde aquel palco parecen propicios a aceptar de mí un tango.

—Ve, hombre, ve. Y baila cuanto gustes. ¿No encuentras que me hallo bien acompañada?...

—Tal vez, por eso mismo, pido tu venia para ausentarme unos instantes.

Marisol y Paco Mijares quedan solos en el palquito.

¡Ahora!

¿Qué espera ya el enamorado para comenzar su apasionada letanía?

Tiene miedo.

Los ojos azules y fríos de la *vedette* le contemplan curiosamente.

Asoma una sonrisa de perversidad o de invitación en el rostro incomparablemente bello de Marisol, que cruza una pierna sobre otra, nerviosamente. Hay una ráfaga de carne blanca, levísimamente rósea, que Paco Mijares adivina más que ve. Queda al descubierto, en su total belleza, la gracia hecha carne de una pantorrilla. Los senos de la bella se agitan en un casi imperceptible ritmo. Como siempre, las sensuales copulitas que florecen en la lisura del vestido, apuntan hacia el corazón del hombre...

—Tengo miedo, sí—se confiesa Paco Mijares—. Tengo miedo de decirla que la amo...

De pronto, una idea acude a su cerebro y sa-

cude su ser entero: ¡tenerla entre sus brazos durante el ritmo de una danza; apretarla contra su corazón, y decirla entonces, enloquecido, las palabras dulcísimas de amor!...

Balbucea, al fin, vencido por la idea:

—No me atrevo a pedirla una merced, por miedo a ser rechazado.

—¿Por qué? ¿No somos ya muy buenos amigos? Pida...

—Quisiera que me concediese usted el honor de ese tango que ahora comienza...

Paco enrojece de emoción.

Generosa, Marisol, sonríe y se alza, sometida:

—Pues... cuando usted guste. ¿Por qué había de negarme? ¡Si a eso precisamente venimos al cabaret, hombres y mujeres!

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias!

Ya la tiene en sus brazos. Todas las penas del mundo se pueden soportar por semejante alegría.

—¡No me importa ya sufrir!—murmura para sí el venturoso.

La estrecha fuertemente contra su corazón. Se hunde su cuerpo como en una verdadera posesión. ¡Siente el calor de su carne, la exquisitez de sus turgencias! ¡Penetra en él la voluptuosidad del tango en estremecimientos y vaivenes, en contorsiones lujuriosas, que encienden su sangre, que le enloquecen!

Y ella, la *vedette,* la carne iluminada, bajo la mirada de la sala entera, cual en el mismo teatro,

buscada por la luz de los reflectores, sus satélites—que allí, como en el escenario, es como mariposa que sabe posarse sobre la más linda flor—, danza el tango como en un rito sagrado, fría la carne, frío el espíritu, fría la mirada, maniquí que el arte o la frivolidad animan, ajeno al fuego excelso del amor.

Junto a su cuerpo de venus palpita el deseo de un hombre. ¡Qué importa! Ella no le siente o le desdeña, no permitiendo que penetre en su sangre y la caldee generosamente, como un vino andaluz.

Baila Marisol, sabiéndose admirada, sabiéndose adorada, ajena al lujurioso anhelo que su cuerpo, en las sensuales contorsiones del tango, despierta. ¡Sabe Marisol que, para vencer, la es preciso ser estatua, y estatua animada es tan sólo!

Y Paco Mijares deja escapar, al fin, su pasión, mientras la lujuria le roe:

—¡La quiero a usted, Marisol! ¡Oh! ¡Usted no sabe! La quiero como no la ha querido nadie, con toda mi sangre, con toda mi alma. Yo la he buscado en Olimpia con los ojos para que leyera usted en ellos mi gran amor. Yo he mendigado torpemente, a las puertas del teatro, su cariño... ¡Yo no puedo vivir ya sin usted!

¡Cuántas veces habría escuchado Marisol éstas o parecidas frases, dictadas por el amor o por la lujuria! Por eso no hacen mella en su alma, helada para toda pasión. Por eso las escucha son-



Besó la mano a Marisol

riente, acogedora, sin rechazarlas, como una agradable musiquilla, cien veces oída.

—Contésteme usted. ¿Puedo tener alguna esperanza? ¿Seré correspondido?

—¡Quién sabe! ¡Deje usted correr la vida! ¡Sepa esperar!

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué feliz me hace usted!

Ya era una dicha, una victoria, no ser rechazado.

—Y conservémonos, mientras tanto, buenos amigos.

El tango moría. La pareja gana el palco, adonde seguidamente va a reunírsele Mario.

—¿Qué? ¿Y la de los ojos negros?—le pregunta Marisol.

Mario se encoge de hombros. Dice:

—¡Bah! Una mujer.

Champán.

Mario pide:

—Marisol, danos de beber.

Ella, genial, cautivadora siempre, sirena de la sensualidad, idea un capricho. Junta las dos manos cóncavamente, y dice:

—Así.

Los ojos del venturoso se iluminan...

—¡Oh, la maravillosa idea! ¡No tiene usted par, Marisol!

Ella sonríe, diabólica, mientras Mario derrama

sobre el incomparable recipiente de carne el burbujeante champán.

Bebe Paco Mijares el primero. Y apura hasta la última gota del líquido en el tibio remanso carnal. Besa luego allí, en un beso largo y dulce.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Que eso no vale! ¡Que le rompo a usted el vaso en la cabeza!—grita alegremente Marisol.

Y Mario aplaude.

Todo en el cabaret es estrépito, que se sobrepone a las notas suaves y dulces de un vals.

Bebe luego Mario.

Encalabrinado, Paco Mijares pide:

—¡Más champán! ¡Más! ¡Tengo una sed loca!

—Pero sin abusar del manantial, ¿eh?

Más champán.

¡Cómo el juego aquel exaspera los deseos del enamorado, enloqueciéndole!

—¡Más champán, más!

Y Paco Mijares bebe sin tasa, mientras Marisol, comedida, ríe y ríe con una risa sin alma...

Borracho ya, en un impulso de loca pasión, Paco Mijares enlaza bruscamente a la deseada, y pide juntando cuanto puede su boca a la de ella:

—¡Un beso!

Ella le rechaza bruscamente, herida en su amor propio, descontenta de pasar ante la gente como una mujer demasiado accesible.

Y Paco Mijares cae de rodillas, en cuya actitud permanece para implorar:

—¡Un beso!

—¡No!

—¡Un beso!

—Un beso de mi boca no se otorga así como así.

Enloquecido, torpe, Paco Mijares pregunta:

—¿Cuánto vale?

Mirando fríamente al borracho, Marisol le arroja en arrogancia:

—¡Medio millón!

—¡Un beso!

—¡Medio millón!

—¡Trato hecho! ¡Un beso pido por medio millón! Pero ¿es que hay dinero en el mundo para pagar sus besos, Marisol? Usted me ofrece una ganga, y yo aprovecho la ocasión. ¡Venga el beso!

¡Arrogancia contra arrogancia! Paco Mijares, sin darse de ello cuenta, inconscientemente, emplea la única táctica posible para poder rendir a la mujer de nieve.

Acepta la artista así.

—Un beso, medio millón. Convenido. Mario, tú eres testigo.

Se inclina la *vedette* hacia Paco Mijares, que, de rodillas, la espera, con los brazos extendidos hacia el preciado don de carne, y apoya su boca largamente en los labios amantes.

Mario, emocionado, contempla la escena con singular curiosidad.

Las bocas se separan, al fin.

—¡Labios de hielo!—lanza el borracho en una gran carcajada.

Y se derrumba ya del todo en el suelo, murmurando perdidamente:

—¡Marisol! ¡Marisol! ¡Marisol! ¡Vida de mi vida! ¡Tus labios son de hielo! ¡Hielo y champán! ¡Qué lindo maridaje! ¡Pero yo te quiero más que nunca, y te juro que has de ser mía! ¿Cuánto vales? ¡Ahí van mis millones! ¡Ja, ja, ja!...



BROMA de cabaret. Así conceptuara Mario el beso del medio millón. Y así fué; mas no sin que quedara entre las lindas manos de la original vendedora de besos la esplendidez de un collar de perlas de más de cuarenta mil pesetas.

La amistad de Paco Mijares con Mirasol subió así de punto. Un amigo más en el camerino de la *vedette*, un invitado más para las reuniones que, de vez en vez, se celebraban en casa de Marisol; un nuevo candidato para el inconquistable corazón de la que nunca entregara, cuando más, sino su cuerpo de muñeca, por el que los hervores de los hombres pasan sin derretir la nieve de su alma...

Ni querido, ni rechazado, la vida de Paco Mijares fué un continuo desear, un perpetuo anhelo, un perenne sufrir. No tenía ningún derecho sobre aquella mujer, a la que todos adoraban, a la que

todos podían cortejar y ofrendar, sin que él pudiera impedirlo.

—¡Ameme usted!—pedía el desventurado.

Y ella contestaba:

—Sepa usted esperar. Deje que mi corazón vaya hacia usted libérrimamente...

Y él esperaba, desesperando.

Celos. Comenzó a sentir celos de todo y de todos. Su cara hosca espantó a más de un adorador timorato.

Marisol, bromeando, decía a los más apasionados de sus admiradores, cuando querían extralimitarse, refiriéndose a Paco Mijares:

—¡Ojo con mi cancerbero!

La espiaba, la seguía a todas partes, se le encontraba dondequiera que se hallase Marisol. Y ella, con semejante persecución, no parecía enfadarse. La justificaba de este modo ante sus amistades:

—¿Qué quieren ustedes que haga el pobrecito? Es millonario y no encuentra otro modo de matar el tiempo.

Circulaba Paco Mijares por casa de la artista con la misma libertad que por la suya propia. Los criados le consideraban como el amigo predilecto de la señora. Lucía, la doncella de confianza de la *vedette*, no le ocultaba pormenor: «La señorita está en el baño; pero no piensa salir. Espérela, si gusta, en el gabinete.» O bien: «No está; pero si desea usted esperarla... Fué tan sólo a casa del modisto y me dijo que regresaría en seguida.»

Conocía Paco Mijares todos los rincones de la casa, desde el comedor hasta el cuarto de baño, pasando por la alcoba. Era como de la familia.

—¿Por qué no será ya mía?—se preguntaba muchas veces.

Y no sabía contestarse más que esto:

—¡Extraña mujer!

Un día, al fin, estuvo a punto de poseerla.

Lucía, al abrirle la puerta, le dijo:

—La señorita está, sí; ¡pero de un humor!... Si se atreve usted a pasar, ande. Por mí, no hay inconveniente; pero ya está usted advertido. En el gabinete la hallará usted leyendo un libro, o haciendo que le lee, tendida en el diván...

Tenaz como siempre, Paco Mijares no quiso retroceder y fué al encuentro de la artista.

Marisol, efectivamente, se hallaba en el gabinete, tendida en el diván. Parecía dormitar en aquel instante. Entre la gracia de un kimono de seda, entreabierto, su cuerpo se escapaba como bello fruto que, maduro ya, abandona su envoltura.

Jamás los ojos de Paco Mijares contemplaran cuadro tan sublime. Como su presencia no fuera notada por la artista, el enamorado la contempló durante largo rato, saboreando el exquisito cuadro de sin par belleza.

Se dijo, estremecido por la idea que le cruzara por el cerebro:

—Si estuviese seguro de que dormía y no iba a despertarse...

Se acercó, cauteloso, hacia la divina estatua.

Efectivamente, Marisol parecía entregada al sueño. Seducido por su pensamiento, y resuelto a ponerle en práctica, se acercó hasta la mujer Paco Mijares, hasta casi tocarla, y, de nuevo, inmovilizóse. ¡Qué bella era! ¡Qué divinísima hembra! Así, dormida, Marisol no era ya demonio de perversidad, sino ángel candoroso.

Murmuró levísimamente:

—¡Marisol!...

Dormía, sí.

Entonces,, Paco Mijares aproximó suavemente su boca a la de la adorada, y besó tan sutil, que apenas si rozara los labios de la hermosa.

¡Y fué, para el enamorado, el milagro de amor!

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro dormido. Los brazos que junto al cuerpo reposaban se alargaron hacia el intruso hasta aprisionar su cabeza, y los labios femeninos se apoyaron en un beso de fuego sobre la boca varonil.

En el grito de júbilo con que Paco Mijares recibiera la inesperada caricia, murió el sueño erótico de Mirasol, como disparo que ahuyenta el arrullarse de dos palomas.

—¿Eh? ¿Usted? ¿Qué hace usted aquí?

¿Quién le ha dado permiso para llegar hasta mí? ¿Qué pretendía? ¿Qué ha hecho usted?

Paco Mijares acogió la avalancha de interrogaciones con maudito terror. ¡El ángel malo se despertaba para arrojarle coléricamente del paraíso donde furtivamente se introdujera!

Balbució:

—¡Perdóneme usted! ¡Pero la amo tanto!...

Y cayó a los pies de Marisol, implorante, apoderándose de una mano de la bella, que besó sumisamente.

Pero el humor de la *vedette* cambió de improviso. Soltando una sonora carcajada, exclamó:

—¡Pero, hombre de Dios, que en todas partes he de encontrarme con usted: desde en la sopa, hasta en mis más ardientes sueños de amor!

Paco Mijares, queriendo aprovecharse de semejante situación, pidió:

—¡Sea usted ya mía, Marisol! Deje de ser cruel y premie ya mi constancia, mi cariño... ¡Una vez tan sólo!...

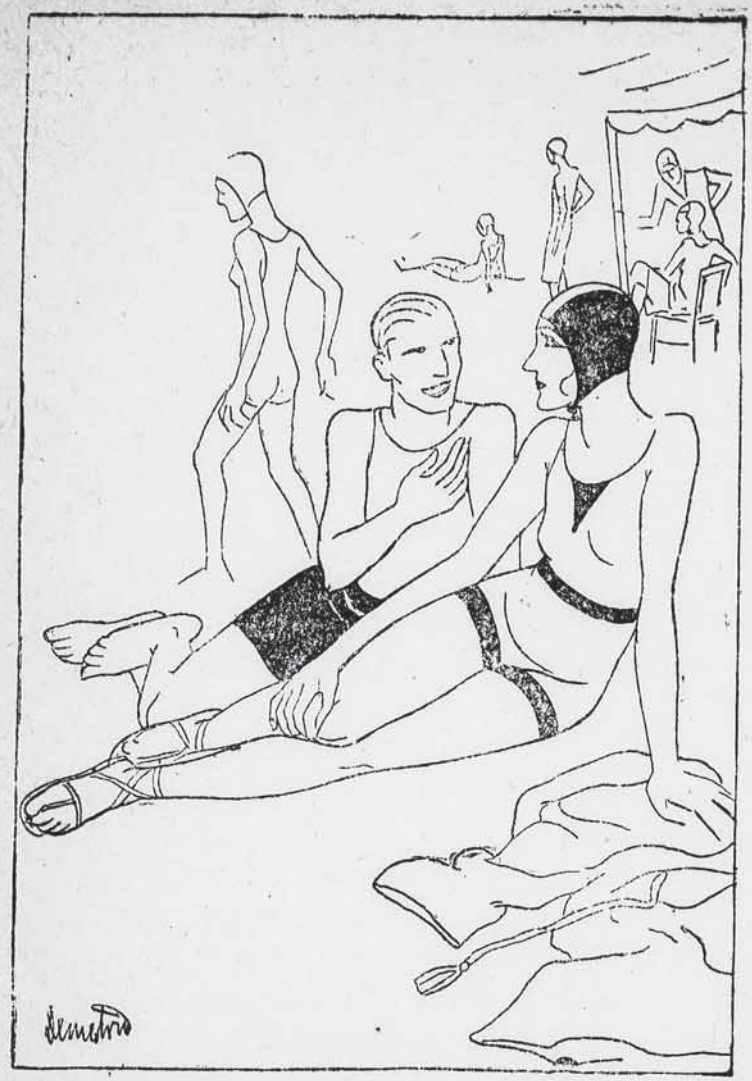
Ella sonrió.

—¡Una vez tan sólo! ¡Como si esto fuera posible!

—Sí, será posible. ¡Juro a usted no insistir más!

Marisol meditaba. ¿Iba a entregarse? Paco Mijares la veía ya casi suya.

Extendió el enamorado una mano hacia el di-



¿Será usted mía, Marisol?

vino cuerpo, que, ante el contacto, rebulló en el diván...

Un beso, que los labios de la *vedette* no rechazaron.

Y un rugido en el hombre, como de bestia en celo que se precipita.

¿La victoria?

No.

Vivamente, como sacudida por un latigazo, Marisol, apenas recibido el beso, se irguió.

Y lanzó en una risotada:

—¡Atrás, hombre! ¡Pero qué idiotez más grande iba yo a cometer!

Rápidamente, Paco Mijares se dió cuenta de que la que ya creía conquistada se le escapaba.

Y retrocedió, obediente, en un gesto de desaliento.

Suplicó, empero:

—¿Por qué se niega usted a ser mía?

—¡No sé! Pregúnteselo usted a mi cuerpo.

Seguía aún deseable la bella hembra. Por entre el kimono se escapaban, como emblema de dulzura, la gracia redonda de los senos, levemente abermellonados en sus inminencias. Una pierna, hasta medio muslo, mostraba el triunfo de lo rotundamente bello...

—¿Su cuerpo? Su cuerpo todo invita al amor. ¡No hay más que verlo! Y en su boca acabo de libar la esencia de la voluptuosidad más ardiente.

Marisol se encogió de hombros y murmuró como si hablase para sí:

—Rompió usted mi erótico extravío, como yo quebrara sus deseos en explosión, prestos a alcanzar la gloria voluptuosa. Desilusión por desilusión. ¡Quién sabe lo que hubiese sucedido, de haber llegado su beso de usted un minuto más tarde! Nunca como ahora se ha encontrado usted tan cerca de hacerme suya...

Gimió el desventurado, tendiendo hacia la mujer los brazos:

—¡Tenga usted piedad!

—Es tarda ya, querido amigo.

Apoyó un dedo en el botón de un timbre, que vibró en la estancia vecina. Lucía, la doncella, acudió

—Prepárame el baño, en seguidita.

Y, alzándose del diván, en desperezo, Marisol echó la cabeza atrás y abrió ampliamente los brazos.

Dijo:

—¡Oh! Necesito desentumecerme, lanzar fuera esta exagerada tibieza que hay en mi carne, siempre fría...

Paco Mijares tuvo unas ganas locas de decir:

—¿Como su corazón?

Pero no se atrevió.



A costa vasca. Biarritz. Estío. Plena *season*. La hora del baño. La playa se encuentra concurridísima. Reinas de la belleza y de la escena y de la pantalla por doquier. Artistas, literatos, personalidades de todas clases, millonarios... Marisol...

No, no hace mal papel la española.

Sus asediadores forman legión. Y, a la cabeza de todos, Paco Mijares, que no se halla dispuesto a que le arrebaten el objeto de sus ansias.

—¿Al mar, Paco?

—Al mar, Marisol.

La pareja abandona la quieta arena de la playa por las ondulantes aguas del mar.

Nadan casi juntos la *vedette* y el sediciente millonario.

El la lleva mar adentro, mar adentro...

—¿Podrá usted regresar, Marisol?— dice Paco Mijares, seguro de su superioridad, desafiador.

—Yo siempre puedo volver.

Nadan, nadan...

Un alto, de improviso. Vuelven la cabeza atrás. Nadie los sigue. ¡Qué lejos se hallan de la costa!

Tanto, que la hermosa mujer, mil veces vencedora en las lides de amor, soberana de la tierra, siente miedo, se encuentra por vez primera infinitamente pequeña en la augusta inmensidad de las aguas.

Mira al hombre como nunca le ha mirado, como un apoyo, como un áncora salvadora, sin el que la mujer no puede navegar en el proceloso mar de la existencia. Y los ojos de Marisol, por vez primera en su vida, imploran.

El no ve la claudicación. Tan sólo dice:

—¿De veras no teme usted al regreso, Marisol?

Y entonces ella, con una voz llena de ternura que Paco Mijares no ha oído nunca, resplandeciente la mirada por una luz nueva para el enamorado, luz de sol de España, contesta, aproximándose al hombre:

—Con usted no temo al regreso.

Ahora si ve él la llama buena que en los ojos de la *vedette* fulge.

—¿Está usted cansada?

—Precisamente eso, no. ¡Sino que estamos tan lejos de tierra!... Verdaderamente ha sido una imprudencia alejarnos tanto.

El se siente vencedor. Y pide:

—¿Y si yo ahora la pidiese un beso, Marisol?

—Se le daría con toda mi alma.

—¿Por cuánto?

—¡Oh! ¡Cuando se da un beso con toda el alma..., se da tan sólo!

El beso. No es hombre Paco Mijares capaz de desperdiciar ocasión alguna.

—¡Nunca sus labios supieron así!—murmura el venturoso.

—¡Tal vez, porque tampoco así nunca besara!

—¿Será usted mía, Marisol?

—Sí...

—¿Cuándo?

—No sé.

—¿Volvemos ya?

—Sí, volvamos.

Regresan, nadando en silencio.

Ya no tiene miedo Marisol, y no teme que sus fuerzas desfallezcan. Por primera vez, la artista siente la noble y femenina emoción de sentirse protegida por el hombre.

Sobre la arena de la playa, Marisol, reposada ya, vuelve a ser Marisol.

Paco Mijares la contempla con infinito amor, como cosa suya ya. Y ella sonríe lejana, con los ojos semientornados, como hundida en una quimera de perversidad.

El recuerda torpemente la promesa de dicha:

—¿De veras será usted mía, Marisol?

—Sí...

—¿Cuándo?

—No sé.

Y luego de una pausa, en la que la artista parece continuar su sueño:

—Es decir, sí, ya lo sé, ya...

—¿Cuándo?—pide, anheloso, el enamorado.

—Esta misma noche. ¿Le parece a usted bien?

—¡Oh!

La tan inmediata felicidad deslumba al venturoso.

—¿No me engaña usted? Mejor dicho, puesto que ya me abres las puertas del paraíso: ¿No me engañas, Marisol?

—¿Por qué habría de engañarte?

Se apodera el venturoso de una mano de la artista y se la lleva apasionadamente a los labios.

El femenino cuerpo no se estremece. De nuevo es de hielo... Mas ¡qué le importa al hombre feliz! El no ve el veneno en la flor, la embriaguez fatal en el aroma. Piensa tan sólo:

—¡Esta noche será mía! ¡Esta noche! ¡Qué cerca está ya el divino instante!

Muere la mañana. La playa se va quedando desierta. Es la hora del aperitivo...

—¿Nos vamos ya, Marisol?

—Sí, vamos.

Cuando, luego del aperitivo, cada uno se dirige a su respectivo hotel, Paco Mijares pide:

—No debiéramos ya separarnos, Marisol. Comer juntos, cenar juntos, esperar entre caricias y

frases de amor a que llegue la noche en que ha de cumplirse la magnífica promesa...

—¡Loco, loco!

—Loco por ti.

Ríen.

Son como dos enamorados, verdaderamente.

—¡Qué bueno es amar así, Marisol! Tú no amaste nunca de tal manera, ¿verdad?

Y ella, cerrando los ojos, como para volver a la extraña quimera que la asaltara en la playa, murmura en un suspiro, moviendo de uno a otro lado la cabeza:

—¡Nunca!...





UEGO de la cena, de noche ya, Paco Mijares abandonó el hotel. Aun cuando hasta las doce no era la hora señalada para entrevistarse con Marisol en las habitaciones que ésta ocupaba en el Splendid, el enamorado, al salir a la calle en hora tan temprana, consideraba que era algo así como si ya caminase hacia el prometido paraíso.

Se dirigió primeramente al Café Español.

—Mientras tomo café—dijo—, llega la hora.

Pero, a los pocos instantes de estar en el café, que se hallaba animadísimo, la estancia en semejante lugar le resultó insoportable, pareciéndole que ya llevaba allí largas horas.

Pagó y salió a la calle.

¿Dónde dirigirse?

Los lugares de placer le resultaban odiosos. El rumor de la gente, dicharachera y alegre, le irritaba.

Caminó por las calles más apartadas, de más deficiente alumbrado. Allí se encontraba mejor. Pero acabó por exasperarle el deambular una y otra vez por los mismos lugares.

Una hetaira, que, sin duda observara sus idas y venidas por las mismas calles, se le acercó, lagotera. Era una francesa, que, adivinando la nacionalidad de Paco Mijares, le dijo en un español, casi ininteligible:

—Yo querer a los hombres guapos como tú, y de España. Yo saber de todos los placeres...

—Saber de todos los placeres es tanto como no saber de ninguno—murmuró.

Ella no entendió la reflexión del español, y dijo:

—Ven conmigo, que no te pesará. Me darás lo que tu generosidad te dicte.

No era fea, la vendedora de amor. Sonreía graciosamente a Paco, dejando ver la nitidez de una dentadura impecable.

Paco movió la cabeza negativamente, en un gesto de melancólico desdén, y dijo:

—No, mujer; no puedo ir contigo. Esta noche el amor me espera.

—¿El amor? ¡Tú qué sabes si es el amor!

La duda le pareció al enamorado una herejía, y se alejó vivamente de la prostituta, como de un apestado.

De pronto, sin saber cómo, se encontró en la playa, ante el mar.

Las olas llegaban hasta muy cerca de él. Lejos,

lucecillas misteriosas refulgían. Suave, como una canción de cuna, el mar murmuraba.

Allí, sí. Allí Paco Mijares se encontraba a gusto. Allí el mar parecía arrullar sus ansias de amor, al propio tiempo que le recordaba las delicias de la mañana en que definitivamente conquistara a la tan anhelada.

Se tumbó sobre la arena.

Estaba solo y así permaneció durante largo rato. De pronto oyó próximo a él un estridente silbido, que rasgó el rumor del oleaje y murió mar adentro.

Paco se estremeció.

¿Qué aventura le acechaba? ¿Qué banda de apaches se disponía a atacarle? El no era cobarde; pero en aquella ocasión en que tan cerca se hallaba de la más deseada de las felicidades, sintió miedo, como si su dicha fuera a escapársele.

La noche era muy oscura, sin luna. Paco Mijares se hallaba extendido en un repliegue del terreno, y su traje, claro, podía muy bien confundirse con la arena de la playa...

Una sombra pasó junto a él, veloz. Era un hombre, hacia el que, también rápidamente, iba una silueta de mujer. Inmovilizáronse, al encontrarse. Habían quedado a unos cuatro metros del sitio de donde Paco se hallaba.

Hablaron rápidamente. El español sólo pudo oír, traduciéndolo con mucha dificultad, pues la



El puñal quedó sobre el corazón

mayor parte de las palabras eran en argot: «Me dió cincuenta francos. No pude quitarle la cartera. Desconfiaba.» Esto la mujer. Y el hombre: «Te voy a rajar la cara por torpe. Sabes que necesito esta noche dos mil francos. El Casino. Si no pago, no puedo ir allí.»

Hombre y mujer se alejaron, discutiendo vivamente.

De nuevo quedó el mar con su sempiterno murmurio. En el rostro del enamorado se dibujó una sonrisa de satisfacción.

Y, de pronto, le asaltó la idea de que debía de ser muy cerca de la hora convenida. Miró al reloj.

Las doce menos cuarto, en efecto.

Abandonó la playa precipitadamente, y se dirigió hacia el lugar que, en una de las más principales vías de Biarritz, ocupaba el Splendid.

Penetró en el interior, y, sin preguntar a nadie, subió hasta las habitaciones que Marisol habitaba en el segundo piso.

La puerta hallábase entreabierta. Las habitaciones parecían iluminadas. Paco llamó con los nudillos. Inmediatamente la voz inconfundible de Marisol preguntó:

—¿Eres tú, Paco?

—Sí, yo.

—Pasa, pasa...

Un instante después los prestos a ser amantes se fundían en un vehemente abrazo...



se hallaban fundidos en un beso largo, muy largo, y no acertaban a abandonar de ninguna forma el diván sobre el que se hallaban enlazados.

¡Lloraba de ternura el venturoso! Y ella se entregaba enteramente, sin escamoteos, como rendida por un gran amor.

—¡Bésame y tómame! No he sido nunca de nadie tan enteramente como lo soy de ti ahora.

El apenas si la dirigía esas grandes frases que casi todos los enamorados hallan en los momentos culminantes de la pasional exaltación. Tan sólo decía:

—¡Si es como un sueño! ¡Si esto no puede ser realidad! Marisol, ¿estoy verdaderamente despierto?

Ella le estrechaba contra su corazón hasta agotar sus fuerzas, y en sus ojos fríos, llenos casi siempre de perversidades, de yo no sé qué mal-

sanos propósitos, había ahora una noble y franca llama, una desbordada ternura.

Bajo el kimono de seda, el divino cuerpo de la *vedette* se hallaba completamente desnudo. Y las manos codiciosas de Paco Mijares le recorrían sutilmente, en una suave caricia, como si tuviese miedo de quebrar la línea perfecta de aquella maravilla de carne. Enhiestas, las copulitas de los senos anunciaban que en el femenino cuerpo floreciera la voluptuosidad...

Gemía ya ella el ansia que la roía:

—¡Tómame ya, vida mía, tómame ya! Jamás anhelé el placer como en este instante, entre tus brazos.

Cerró los ojos Marisol, como si quisiera sumergirse en un incomparable sueño de dulzura, cual si quisiese trasportarse de lo verdadero a lo irreal.

Y él se alzó de sobre el diván, la tomó entre sus brazos y la depositó en el lecho, allí vecino...

Chascaron los besos, se alzaron los gemidos de placer. ¡Era la canción nupcial en su apogeo!

Y fué el morir de amor en el hombre, y luego, la inmovilidad, el trascendental silencio que sigue a la voluptuosa victoria lograda...

¡Ya los ojos de la que buscara la quimera en la realidad se habían abierto!

¿Qué interrogaban?

Salió del pecho de la *vedette* un amplio suspiro de desesperanza.

¿Por qué su carne, magníficamente preparada para el triunfo de la voluptuosidad no había vibrado en gloria, en sublime desfallecimiento?

Feliz, contento, sin romper el abrazo lujurioso que a la mujer le ligara, Paco Mijares reposaba.

Mirasol le miró con odio, con un odio como jamás sintiera hacia hombre alguno...

Y, de improviso, sonrió la *vedette*. Sonrió de una manera cruel, siniestra, con una sonrisa que el propio marqués de Sade hubiese envidiado.

Paco Mijares volvía de su desmayo de amor.

—¿Has sido muy feliz, vida mía?—preguntó.

Ella contestó, envolviendo su respuesta en una sutilísima ironía de que él no se diera cuenta:

—Sí... ¿No te has dado cuenta de ello?

El la abrazó fuertemente, y la dijo, cerrándola alternativamente los párpados con sendos besos:

—¡Te quiero mucho! ¡Te querré siempre mucho, hasta morir por ti!

El cuerpo magnífico de Marisol era ahora róseo, bajo la luz rosada de la bombilla eléctrica que le esclarecía. La nieve podía hablar de resplandores de aurora...

—¡Hasta morir por ti! ¡Qué bella mentira!

—¿No me crees, Marisol?

—No...

—¿Qué hacer para convencerte?

Ella contestó inexorable, enigmática:

—Morir.

—¿Morir, cómo?

—Morir.

Hubo un silencio.

Paco se había incorporado en el lecho y miraba con infinito arrobo a la que acababa de ser suya.

Murmuró:

—Morir, sí. ¡Morir ahora, luego de alcanzar la felicidad suprema! ¡Morir ahora, sobre todo si nunca más has de volver a ser mía!

—Nunca más. Yo sólo puedo ser hasta el fin de mi vida del hombre que encienda en mi carne, y la alce triunfadora hasta el cielo, la antorcha de la voluptuosidad.

—¿Y yo no lo logré?

—No.

De nuevo el silencio entre los amantes, un silencio mortal, hecho de todos los dolores, de todas las amarguras, de todas las desesperanzas, de todas las ansias también...

—¿Morir, Marisol?

—Morir...

—Sea.

No tuvo la *vedette* sino alargar la mano hacia una mesilla de noche allí próxima y extraer de ella un diminuto puñal, en cuya empuñadura brillaban las claras aguas de un enjambre de diminutos diamantes.

Se le tendió Marisol a Paco Mijares fuera de la vaina, presto a herir.

El hizo un gesto de horror y sus manos no se apartaron de sobre el cuerpo femenino, que acariciaban.

—¿No te atreves?

—Morir es perderte, Marisol.

—No. Morir es triunfar en el amor. Vivir sería para ti el dolor y la tortura, ¡y los celos, mil veces peor que la muerte!

El gimió, aferrándose a la vida:

—¡Te adoro!

—¡Tus palabras! ¡Bah! Hace poco me decías: «Te querré siempre mucho, hasta morir por ti.» ¡Bella mentira!

—No. Yo no sé mentir.

Tomó el puñal. Y antes de dirigirle hacia su corazón:

—¡Un beso, Marisol! ¡El último! Un beso de alma a alma, en que tu corazón participe también del dolor que inmovilizará el mío. ¡Un beso de muerte!

Los besos de la cruel fueron hacia los labios del hombre y se inmovilizaron en ellos largamente, con ansia, como en una sed inmensa de delicia, como si intentase con la sádica caricia que su carne de hielo resucitase para el placer de los placeres.

Fuera vano el propósito. Y, mientras el beso moría, nacían en los ojos del hombre dos lágrimas silenciosas que parecían pedir piedad...

Incorporada en el lecho, pálida bajo la luz rósea

de la bombilla eléctrica, que no lograba fundir enteramente la nitidez del níveo cuerpo, Marisol esperó.

Paco Mijares cerró los ojos. Dirigió el puñal hacia su corazón y, aguantando el dolor, comenzó a hundirle...

La sádica sonreía...

Sangre... ¡Oh! Apenas si un leve brote, como lágrimas.

Una queja ahogada... ¡Tan dulce! Parecía de goce de amor.

La mano abandonó el puñal, que quedó sobre el corazón.

Los ojos varoniles volvieron a abrirse en espanto.

Marisol seguía sonriendo... Su alma se hallaba quieta sobre aquel inmenso sacrificio, como velero abandonado en un mar sin viento.

Y así, callandito; callandito, fué llegando la muerte.

Marisol no se dió cuenta de su llegada. Creía que aquello era como un lindo juego, como una trágica página de novela pasional, como una opereta más en el que ella representase incomparablemente su papel de *vedette*.

Llamó:

—¡Paco! ¡Paco!

Y como la víctima no contestara:

—¡Paco! ¿Por qué no contestas?

Tocó Marisol la carne que sobre su cuerpo minutos antes vibrara en vida y en amor.

Ahogó un leve grito.

¡Muerto!

Murmuró entonces, como en una horrible pesadilla, en la que el corazón y la piedad no jugasen papel alguno:

—¡Muerto! ¡Qué cosa más bella! ¡Ha muerto de amor!

Y volvió a llamar:

—¡Paco! ¡Paco! ¡Basta ya! ¡Ya sé que eres capaz de morir de amor por mí!

En el rostro del muerto había una postrer mueca: algo así como una indefinible sonrisa de felicidad.

En un gesto inconsciente, Marisol arrancó el puñal del pecho del hombre.

Ahora sí. Ahora la sangre brotó caudalosa...

Fué cuerpo abajo, empapó las sábanas del lecho, salpicó las manos níveas de la culpable de aquella muerte...

Y al verse así maculada por su crimen, en un gesto demente, los labios de la *vedette* se apoyaron sobre la sangre tibia que manchárala las manos, y la absorbió.

Las manos volvieron a su prístina blancura. Sobre los labios de la vampiresa el líquido vital fué tan sólo como si acabase de retocarse torpemente con la barrita de rojo, de un rojo que su lengua acabó por hacer desaparecer.

El sabor de la sangre la hizo exclamar:

—¡No me gusta como saben los hombres!

Ahora Marisol podía decirlo con razón. Acababa de saborearlos en toda su esencia.



La Novela Sugestiva

4



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

50 EDUARDO M. DEL PORTILLO CTS

UN MARIDO COMPLACIENTE